Tragedia humana y fiesta de la vida
(que no es lo mismo pero resulta equivalente)

Por **JORGE PINEDO**

En la noche del 18 de enero de 2015 fue hallado el cuerpo sin vida de Natalio Alberto Nisman, emblemático fiscal de la nación Argentina, bloqueando el ingreso al baño de su piso en el elegante barrio de Puerto Madero. A su vera yacía una pistola calibre 22. El piso estaba cerrado por dentro. Cundieron las más descabelladas fantasías en favor del asesinato a manos del Gobierno. Todo destinado a sepultar la verdad, logrando torcer así el destino del país.

Luisa Valenzuela resuelve el misterio con lo más próximo a la realidad: la ficción. *Fiscal muere*, la novela, promueve un recorrido a partir del menos común de los sentidos, de la mano del entrañable excomisario Masachesi. A la tragedia humana impuesta por los cánones del género policial contrapone la fiesta de la vida, sin importar la edad.

***

Crimen, investigador, pistas falsas, sospechosos, expectativa y misterio, revelación final suelen ser los ingredientes por los que se reconoce al género policial. Nunca necesariamente los únicos. Tampoco la aparición de tales características implica el forzoso encasillamiento en esa especificidad. En estos tiempos explosivos de las clasificaciones banales parece preferible remitirse a las tramas, el estilo y la trayectoria autoral.

Género vendedor hoy por hoy, el policial se nutre de sangre, violencia, muerte, horror y demás varianzas del morbo sociocultural. Devenir solazado mediante dosis positivistas de raciocinio y una pugna final en el combate mítico entre héroe y demonio, previo a la escena triunfal de reconocimiento.

Tiene que estar pésimamente relatado para que el modelo falle. Como sea, toda trama flaquea en lo que carece: la fiesta de la vida. Aspecto que va de lo cotidiano a lo sublime y, sin urgencias de optimismo, suele acompañar en distinta medida toda existencia cuando las condiciones de presión, temperatura y justicia social lo permiten.

Es lo que sucede con *Fiscal muere*, la más flamante novela de la infalible Luisa Valenzuela que desde el vamos, en el título mismo, revela que por allí serpentea el asunto de aquel famoso fiscal suicidado sobre el cual persiste la porfía del asesinato. Insistencia dedicada a espesar las brumas sobre el luctuoso óbito, y su cristalina articulación con una perversa operación política, se desliza con sutileza entre las puntadas finas de la trama. Hay un comisario, excomisario, jubilado a la fuerza al sugerir una solución al caso, raudamente desechada por contradecir la clausura ideológica que se procuraba (y se sigue procurando) implantar. Hay más delitos resueltos: un médico trucho que vacuna en la plaza por unas pelas instala actuales tiempos pandémicos y geografía porteña; aquí y ahora, ayer nomás. Un golpe de timón enfila hacia otra situación, pretérita: los colores y un óleo que jamás seca deschavan a un pintor hiperrealista asesinando en blanco y negro a una chavala tres décadas atrás. La sumatoria arroja la deducción en cuanto procedimiento, donde la prosa de la autora materializa esa metodología como modo de vida del veterano detective. Conectores sagaces entre los hechos, de una a otra escena emerge lo que sucede dentro de las tripas y las neuronas de los personajes. La fría lógica se tiñe de vida, palpita, se regocija con aquellas interioridades que hielan los pies, arden dentro de la cabeza y viceversa.

Alternancia del juego literario entre Eros y Tánatos, donde la puntada subjetiva se ensancha hasta anudar otra trama paralela en creciente preponderancia: «La pregunta de si lo suyo en materia investigativa post retiro de la fuerza era vocación o karma flotaba aún en los quemadores traseros de su mente». Oportunidad para que aparezca la cotidianidad del excomisario (así, todojunto) Masachesi en un vuelco que lo arroja hacia la ciudad bonaerense de Azul bajo el pretexto de visitar unas obras monumentales de los años treinta. De paso —y ante todo— tirarse un lance y visitar a la noviecita

de la infancia allí instalada. Con lo que la historia renueva su rumbo, esta vez intercalando las prácticas del encuentro con las tribulaciones de los protagonistas. Uno de los ejes que sostienen el renovado vínculo es, precisamente, la literatura, «esa materia escurridiza». Para la dama azuleña, «la literatura de verdad» consiste en «asir el significado que late entre las palabras y asoma apenas sus narices para escabullirse casi de inmediato y reflotar en otro punto». Aspecto con el que el expolicía se identifica «porque esa de alguna manera era también la labor de un buen comisario». Punto de encuentro entre ambos protagonistas; también para y con el lector.

Precavida de la saturación propia de las líneas rectas, Valenzuela ahonda con su singular acrobacia los caminos laterales, evita los atajos que llevan a la obviedad y sostiene el ritmo de un relato limpio de baches, trampas y confusiones. Con amable soltura, se atreve a reproducir el borrador de una novela escrita por la novia de infancia. Texto sorprendente donde lo experimental se impone por sobre lo primitivo, en la peculiaridad de carecer de argumento prefijado dentro de un plan de obra. En una sinuosa frontera entre la realidad y la ficción surge una fonda de pueblo algo metafísica, poblada de personajes sin embargo bien definidos. Una barman transexual, un cocinero curioso, parroquianos apenas bocetados que hacen escala hacia un hotel de citas. Por otro lado, la psicóloga Mondrián se centra en su intuición afectiva, al punto de olvidarse nombre y genealogía del paciente entre una sesión y la siguiente. Con escasas aunque precisas pinceladas, los actores secundarios quedan circunscriptos en historias personales, lenguajes y actitudes respectivos. Sin superponerse, resultan un catálogo de tragedia y parranda, al unísono o de uno en fondo, en estado puro o combinado.

La coincidencia del espíritu de pesquisa del excomisario y la búsqueda literaria de la dama operan como plataforma de relanzamiento de la historia que se yergue más que en las certezas, en las vacilaciones: «Recuerdo en cierta instancia decirme por las noches Maravilla, cómo fluye la cosa, y a la mañana siguiente al releerme querer cortarme las venas. Mejor cortar lo escrito, retomarlo desde otro lado, volver a repetir la dudosa hazaña hasta lograr por fin cortar por lo sano y de esas como trescientas páginas de oprobio rescatar unas treinta en acotada versión polifónica». Más que fórmula plausible para cualquier escritura, acaso ocasional para la propia autora, el largo acontecimiento del escritor sigue siendo temblar, leer, tachar, volver a escribir, temblar.

Clivaje, hallazgo, encuentro, la historia se desencadena hasta revelar el misterio sugerido en el título, *Fiscal muere*. Como la tragedia suele tener el decoro de evitar alojarse en todas partes, habilita el resquicio donde se cuela, no exclusivamente en forma carnal, la instancia erótica. Pero esa vez, sí: en una confesión íntima, de esas que solo guardan a la almohada por testigo, el veterano policía revela sus contundentes argumentos: «El la besó para sellar el pacto. Y para demorar el desenlace. Quizá temía que una vez completada su exposición se cerrara el caso, es decir culminara el encuentro, y todo volviera a la monótona existencia del piso alto en una casa que había sido suya de manera integral. Hoy su verdadera casa era otra, para nada asimilable a una casa física. Lo que él ahora pretendía defender era más bien una morada».

Tras haber echado por tierra las hipótesis de asesinato, y en especial la lisérgica reconstrucción a cargo de Gendarmería, Masachesi despliega una explicación plausible, distante de todas las hipótesis circulantes, en una operación de suma y resta, al fin y al cabo infinitamente menos descabellada que las redundantes dentro de la opinología mediática. Novela que desde la estructura policíaca arremete sobre la literatura, renueva la vida bullente, acecha con la premisa de que nunca es tarde, privilegia sensaciones a la par de la inteligencia, presenta una Luisa Valenzuela en pleno ejercicio de un virtuosismo en la escritura, sin ánimo de detenerse.